

La función actual de intelectuales y enseñantes

JUAN ALFREDO BELLON
Universidad de Granada

Desde la relativa distancia con que hoy podemos juzgar la crisis política sobrevenida a la muerte de Franco cabe plantear algunas cuestiones sobre el papel de los intelectuales en general y sobre el de los docentes en particular. Porque es un tópico al uso recurrir al consabido argumento de que han cambiado los tiempos, y, por lo tanto, nuestra función. Eso, con ser verdad, no nos lleva a ninguna parte si no definimos con claridad cuales pueden ser ahora nuestras tareas y cual la tendencia de nuestras expectativas.

Dice Aranguren en unas recientes declaraciones a LA CALLE que, en cierto sentido, los intelectuales "con Franco vivíamos mejor". Y ello es cierto si valoramos lo que para nosotros significaba atacar desde una piña coyuntural pero homogénea la palpable realidad de un régimen que no tenía defensa intelectual y que estaba llamado a desaparecer a corto plazo. La cuestión era estar en la cresta de la ola levantada por la clase obrera nacional e internacional y **oficiar de espuma** en esa cresta; lo que no fue poco si juzgamos por las repercusiones de toda índole que tuvieron nuestras posturas.

Lo que se ha formulado como **alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura** aparecía así como algo necesario y natural desde el punto de vista de la coyuntura antifranquista, sin que ni unos ni otros tuviéramos tiempo u ocasión de profundizar en el auténtico sentido de tal enunciado o de intuir los derroteros que en la nueva coyuntura democrática iba a seguir un postulado como este, que tiene de por sí un nítido carácter estratégico.

Si nos ceñimos al terreno de lo sindical, puede afirmarse que las vanguardias más profunda y seriamente politizadas han conseguido en nuestro país mantener y aún avanzar en la famosa alianza gracias a la incorporación a las dos centrales sindicales de clase mayoritarias (CC.OO. y UGT) no sin grandes dificultades para ello. Lo cierto es que, junto con Italia, somos -el único país europeo donde la sindicación de clase ha conseguido prender en la enseñanza con una consistencia esperanzadora y que estamos en condiciones de alejarnos a medio plazo del modelo unitarista francés, que aún se nos ofrece como alternativa.

Lo curioso es que tanto la enseñanza primaria y secundaria como el ámbito de los estudios universitarios no ofrecen hasta el momento grandes desniveles en los porcentajes de afiliación sindical a una u otra central de clase: suele haber afiliados en todos o en la mayoría de los centros y los compañeros no afiliados comienzan a entender como normales los motivos de esa adscripción sindical. Pero no hay que engañarse: ni desde esa sola perspectiva, ni tampoco desde su otra complementaria de la militancia política de izquierdas, puede romperse el cerco a que desde diversos fuegos se ve sometido nuestro trabajo- en la etapa actual. La ofensiva y el rearme ideológico de la derecha está constituyendo en los últimos tiempos un factor importante de inhibición, cuyo exponente más claro se observa en el terreno de la enseñanza privada a propósito de la imposición a toda costa de los llamados idearios de centro, aún en los casos de centros sostenidos con dinero público. Pero hay que decir que en la enseñanza estatal, y muy especialmente en la Universidad, se está fraguando una **norma tácita**, tan peligrosa o más que dichos idearios, una norma no escrita, no detectable por lo tanto en términos empíricos, consistente en la represión ideológica y en

el axioma-de que el compromiso sindical y/o político de clase es incompatible con una **correcta** función docente e investigadora y es contradictorio hasta el antagonismo con la función crítica e **independiente** propia del **verdadero** intelectual. Las consecuencias de esta insidia se pueden observar en los resultados de las oposiciones que se vienen celebrando a distintas plazas universitarias; en los filtros y entorpecimientos para publicar en órganos de **valor académico reconocido**; en la valoración de la docencia de quienes se resuelven por un encuadramiento progresista; en el intento, en suma, de su descalificación académica **a priori**.

Repetimos que este fenómeno se observa hasta ahora principalmente en la Universidad y que pretende basarse en la actitud militante y volcada hacia afuera de quienes se esfuerzan por profundizar la alianza estratégica de las fuerzas del trabajo y de la cultura. No es casual el ámbito ni, en muchos casos, son injustificadas las acusaciones de abandono del frente profesional y académico por parte de quienes han elegido y ejercitan una opción de lucha progresista **hasta estos momentos**: están cogidos entre dos fuegos, falsos pero efectivos; se ven **excomulgados de la comunión universitaria** por la actitud de los **intelectuales puros**, de los mandarines detractores que buscan por encima de todo reproducirse, perpetuarse y aniquilar desde la raíz cualquier modelo de comportamiento enfrentado al suyo. Si se instalan en las urgencias del ámbito político o sindical se dice que abandonan la función docente; si se dedican a esta por entero, se dice que no pueden participar a conciencia en el proceso de transformación democrática del país y de sus instituciones.

Hemos de reconocer que hasta el presente muchos hemos caído en este falso dilema, pero hay que entender que es quizá gracias a ello por lo que parece cercano el momento de su superación. Haciendo excepción de ciertos cuadros muy especializados que ya se han decantado exclusivamente en un sentido o en otro durante los cuatro últimos años,, se observa una voluntad mayoritaria y generalizada por volver a dar prioridad a la lucha en el ejercicio de la función docente e investigadora y por retomar la iniciativa crítica y científica en cada caso. En una palabra, se trata de dar la batalla en cada caso particular y en el terreno de la generalidad a la ya citada formulación de **intelectual comprometido = intelectual estropeado**, comenzando por la crítica generalizada de la propia función y de la propia área de conocimientos. Y hay que demostrar que ello es deseable y compatible con el compromiso político y sindical gracias a los avances en el proceso de normalización democrática conseguidos en los cuatro últimos años. En efecto, las etapas y las energías no se han quemado en balde.

Por eso, la mejor forma de hacer **bajar de la hornacina** a los enseñantes honestamente progresistas que aún no han comprendido la razón de los pasados sacrificios es subirnos a ellos a la hornacina misma y hacer que esta desaparezca o quede relegada a unas pocas y significativas torres de marfil.

La batalla de la inteligencia y la batalla de la enseñanza van a ser largas y difíciles en este país. Hay que prepararse en ellas para **resistir** en terreno ideológico y académico a corto y medio plazo; hay que armarse de razón y de razones para aguantar el aislamiento y salir de él muy acompañados; hay que saber combinar el compromiso de clase (orgánico o no) con el compromiso docente e investigador; hay que saber ser sabios **del** presente y sabios **para** el futuro, al mismo tiempo que ello se aprende en contacto con las organizaciones de clase. Hay, en definitiva, que saber dividir y coordinar las fuerzas propias para organizar tantos frentes de lucha y tantas modalidades como exige la nueva etapa, democrática. Hay que respetar la libertad individual de elección y reducir a las excepciones que la ocasión requiera el activismo y el academicismo.